

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

VIERA Y CLAVIJO, JOSÉ DE: *Diccionario de Historia natural de las Islas Canarias. Índice alfabético descriptivo de sus tres reinos: animal, vegetal y mineral*. Edición dirigida y prologada por Manuel Alvar. Excema. Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, 1982, XC + 476 págs.

Don José de Viera y Clavijo legó a la Real Sociedad Económica de Las Palmas el manuscrito de su *Diccionario de la Historia Natural de las Canarias*, que no fue editado hasta 1866 falto de dos de los trece cuadernos (el IX y el XII) que comprendía el original. En 1942, se editó de nuevo la obra, con la incorporación del cuaderno IX, que había aparecido entre los papeles de don Agustín Millares Torres. La obra se terminó de escribir por lo menos en 1810, según Alvar, y no en 1799 como algunos pretenden, ya que una datación del propio autor así lo atestigua («Salió un pollo de una gallina regular con cuatro patas, año de 1810; lo tengo desecado en mi gabinete»; bajo el lema de *monstruo*).

Viera (Tenerife, 1731 - Las Palmas, 1813) fue un gran erudito de múltiples saberes. Como científico de aquel siglo XVIII, en el que la observación directa y una incipiente experimentación serán la base del saber posterior, acumulará en su Diccionario todos los conocimientos que pueda allegar directamente, obtenidos de los propios estudios realizados en su gabinete de Historia natural; de ahí los rasgos, los detalles, que sólo quien tiene una vivencia directa del objeto estudiado puede incorporar a una descripción. Como ejemplo, transcribimos la primera parte de la papeleta *Caballo marino* «(*Singnathus hippocampus*, Lin.). Pececillo extravagante, de la clase de los *cartilagosos*, que se encuentra en algunas orillas de nuestros mares. Tiene la cabeza aplastada, pero semejante a la de un caballito, de lo cual ha tomado nombre, y termina en pequeño tubo, de boca circular, sin dientes. Su cuerpo, parecido al de una oruga, carece de escamas, y es delgado, largucho, de siete lados, lleno de articulaciones, y cubierto de tuberculillos duros en punta, a manera de escuditos. La cola larga, cuadrada, retorcida en su extremidad, y con más de treinta

articulaciones o anillos. Ella y el resto del cuerpo forman la figura de una S. Su color es gris con puntitos negros. El individuo que se tiene a la vista, sólo es de poco más de dos pulgadas; bien que los suele haber de ocho o nueve».

Viera y Clavijo mantendrá, además, como hombre dedicado por entero al estudio y a la investigación una total independencia de criterio en todos los órdenes de la vida.

Su *Diccionario* es una aportación muy importante a la historia de nuestra ciencia: hay en él numerosos datos léxicos, etnográficos, históricos, naturales. La utilidad de esta obra, aún hoy considerable, rebasa el ámbito local para el que fue escrita. Por eso, la nueva edición es más que mera curiosidad de bibliófilo o el deseo de recordar un hijo preclaro de la tierra. En ella, Manuel Alvar, ayudado por algunos colaboradores de la Cátedra de Lengua española de la Universidad Complutense, ha realizado una verdadera labor filológica. Las dos ediciones anteriores eran defectuosas; a la edición de 1866, como ya hemos dicho, le faltaban dos cuadernos; uno de ellos, el IX se incorporó a la de 1942 y su editor tentó la reconstrucción de voces perdidas; además, ambas estaban plagadas de errores. Por eso era necesaria esta edición del *Diccionario*, en la que se han cuidado al máximo todas las cuestiones que son de la competencia del lingüista: fidelidad de las transcripciones de los términos, eliminación de los errores anteriores acumulados, advertencia sobre la fantasía etimológica de Viera, etc.

La edición comprende un largo prólogo de Manuel Alvar (págs. xi-xxxvi) en el que valora la significación de Viera desde un punto de vista cultural y se caracteriza el contenido de la obra. A continuación, se exponen los criterios por los que se ha regido esta edición, las abreviaturas bibliográficas, etc. (págs. xxxvii-xlv), y se da paso a la obra de Viera. En el propio *Diccionario*, añade el moderno editor al final de cada artículo las referencias existentes para poder llevar a cabo futuras investigaciones. Unos importantes índices de palabras y de nombres científicos, redactados expresamente para esta edición, cierran la obra. Por otra parte, se insertan a lo largo del *Diccionario* una serie de ilustraciones tomadas de la *Histoire Naturelle des Iles Canaries* de Ph. B. Webb.

Esta edición definitiva ha sido posible hoy gracias al conocimiento que poseemos en este momento de la dialectología canaria, conocimiento que debemos en su casi totalidad a Manuel Alvar, director, editor y prologuista de la actual impresión del *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias*.

A. QUILIS

*Perspectivas de la investigación lingüística en Hispanoamérica*. Memoria del Coloquio organizado, sobre este tema, por el Centro de Lingüística Hispánica de la U. N. A. M. Edición de Juan M. Lope Blanch. México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1980, 142 págs.

Del 18 al 22 de junio de 1979 se celebró en la ciudad de México un Coloquio cuya finalidad era determinar y sugerir directrices y objetivos prioritarios o aconsejables en el quehacer lingüístico del ámbito hispanohablante. A la reunión asistieron eminentes estudiosos de uno y otro lado del Atlántico los cuales, a través de sus ponencias, analizaron desde sus respectivas áreas de dedicación, diversos aspectos a los

que en la actualidad, y a veces de modo preferente, la Lingüística hispanoamericana debería atender.

Hubo unanimidad en señalar la inmensidad del campo de investigación, en vivo contraste con la despreocupación que muestran los jóvenes estudiantes hacia los problemas filológicos: «En muy diferente dirección suelen soplar los vientos lingüísticos de nuestra época», apuntaba Juan M. Lope Blanch al resumir para los asistentes las actividades —notables ya por su importancia y número— del Centro de Lingüística Hispánica de la U. N. A. M. en sus 12 cortos años de vida (págs. 9-12). Entre los temas preferentes a los que se ha dedicado dicha Institución, fueron enumerados el estudio de la norma culta de la ciudad de México, el examen del proceso histórico del español desde el momento de su trasplante al Nuevo Mundo hasta nuestros días, así como los esfuerzos encaminados al conocimiento de las hablas del interior del país.

Las diferentes comunicaciones, recogidas en esta *Memoria*, intentan dar una visión global, unificadora de esfuerzos e intenciones, para algunas de las disciplinas lingüísticas más necesitadas de un desarrollo progresivo o de enfoques renovadores desde planteamientos actuales. Trataré de referirme brevemente a cada una de ellas.

El profesor Antonio Quilis, del C. S. I. C. de Madrid, habló sobre las perspectivas de investigación fonológica en Hispanoamérica (págs. 13-30); resaltó que era conveniente prestar especial atención a la distinción entre realizaciones fonéticas individuales y sistema fonológico, ya que el investigador de las lenguas indígenas debía partir, forzosamente, de las primeras; comentó asimismo el olvido que la entonación ha sufrido tradicionalmente, proponiendo un interesante método de trabajo en este campo; pidió, por otra parte, mayor cuidado en el tratamiento de determinados sonidos ([ŋ] de *viña* y *mancha*, por ejemplo), definidos articulatoria y acústicamente en términos semejantes, cuando de hecho presentan claras diferencias.

La ponencia de Yolanda Lastra y Jorge Suárez, de la U. N. A. M., versó sobre el problema de las interferencias entre las lenguas aborígenes y el español (págs. 31-43); merece ser resaltada la propuesta de estos autores para llegar a una tipología de situaciones de contacto lingüístico, útil para la consideración del español y, también, para la de las lenguas en general; su plan consta de siete puntos, en cada uno de los cuales se incluyen cuestiones fonéticas (sobre todo, la entonación), gramaticales y léxicas (la toponimia y las etimologías indígenas principalmente).

La sintaxis del español y de las lenguas amerindias fue abordada por Edward L. Blansitt, de la Universidad de Texas (págs. 45-58): tarea primordial, según el lingüista aludido, es la clasificación de estas últimas desde el punto de vista del orden sintáctico (OBS = objeto — verbo — sujeto, etc.) y, por otro lado, la consecución de una teoría terminológica uniforme.

El profesor Humberto López Morales, de la Universidad de Puerto Rico, explicó las claves de una posible Sociolingüística hispánica (págs. 59-78): debe entenderse así el análisis de la lengua, tanto sincrónica como diacrónicamente, en su contexto social, no cualquier tipo de relación entre la lengua y la sociedad en la cual no se estime a aquélla como un sistema de comunicación más que de manera superficial y externamente; ha de moverse, por lo tanto, en dos planos: actuación y competencia; el segundo término, heredado de Chomsky, responde a un concepto distinto, ya que incluye necesariamente, además de la competencia gramatical, aspectos sociales. La Sociolingüística, desglosada en aspectos como creencias y actitudes, conciencia social y lingüística, inseguridad, hipercorrección, etc., encierra el aliciente de ser un terreno poco explorado, y la dificultad de que los trabajos más ambiciosos

requieren la manipulación de muchos miles de datos (200.000 en el caso de una investigación de este tipo llevada a cabo en San Juan de Puerto Rico), lo que conlleva la utilización de medios electrónicos y una dedicación intensa para recoger el corpus, transcribirlo y, claro está, realizar su consiguiente estudio.

Las líneas maestras de un ambicioso proyecto de Geografía lingüística para Hispanoamérica fueron trazadas por Manuel Alvar, de la Universidad Complutense de Madrid (págs. 79-92). El nuevo trabajo cartográfico, basado en el cuestionario del Atlas de España y Portugal (Madrid, C. S. I. C., 1974) incluiría mil preguntas válidas para todo el territorio, que quedaría dividido en 600 lugares de encuesta; habría que tomar datos, además, de algunas islas donde el español es idioma minoritario (como Trinidad) o donde se han formado lenguas criollas (Antillas Holandesas), sin renunciar tampoco al examen de algunos puntos filipinos. El acopio de materiales y su redacción podrían estar acabados en un plazo de cuatro años, contando con los medios adecuados. Este Atlas, planteado así, proporcionaría más de medio millón de formas léxicas de una utilidad indudable desde múltiples perspectivas: vinculación peninsular de las zonas habitualmente señaladas para el estudio del español de América, establecimiento de los resultados lingüísticos de la hispanización, función ejercida por el castellano al transmitir el léxico amerindio, caracterización de la estructura sincrónica que el español tiene en cada país, persistencia y vitalidad de los indigenismos, posibilidad de descubrir la koiné del mundo hispánico, conocimiento —para cada dominio— del español tipo con que se deberá proceder a la castellanización de las comunidades indígenas; por otra parte, sería posible precisar más cuestiones tan debatidas como el andalucismo del español de América, su carácter vulgar o no, rural o no, el proceso nivelador de la lengua sobre las variedades regionales, etc.

El profesor Tomás Buesa Oliver, de la Universidad de Zaragoza, disertó, en general, sobre la lingüística diacrónica y sobre los trabajos que, desde el punto de vista histórico, podrían acometerse en el ámbito hispánico (págs. 93-117); tras una serie de minuciosas apreciaciones acerca de la importancia y el interés que el examen sistemático del cambio lingüístico posee, enumeró los principales temas en los que, a su juicio, convendría insistir: acopio de materiales de todas las épocas, poniendo especial cuidado en los fenómenos evolutivos acaecidos en Morfología y Sintaxis; monografías sobre la lengua y el léxico de un autor; insistencia en las investigaciones toponímicas, apremiante ahora ante el progresivo vaciamiento humano de las áreas rurales; desarrollo de trabajos lexicográficos, de los que hay una notable penuria, dado que obras como el *Diccionario de construcción* de Cuervo, el *Histórico* de la Academia y el *Tesoro* de Gili Gaya están inacabadas; se refirió también, al problema del futuro del español en las regiones bilingües de la Península; indicó asimismo que habría que extender el estudio de la norma culta a varias ciudades populosas de España, aparte de Madrid y Sevilla.

Guillermo L. Guitarte, del Boston College, señaló, con precisión, las etapas en que podría dividirse la historia del español de América; partió para ello de los dos grandes períodos concebidos por Cuervo: una época colonial, fragmentada en *a*) orígenes o formación del español americano, *b*) vida del español como lengua de una sociedad colonial ya sólidamente establecida y *c*) tránsito a la independencia (últimos decenios del siglo XVIII y primeros del XIX), y una época independiente, que abarcaría *a*) transición (siglo XIX) y *b*) consecución del equilibrio actual (siglo XX).

La *Memoria* de este Coloquio es de un valor innegable, no sólo como llamada de atención para aunar esfuerzos en busca de un mejor conocimiento de la lengua

española, tanto de América como de Europa, sino también como magnífico inventario de tareas a las que el estudioso puede encaminar su esfuerzo guiado por criterios metodológicos que aparecen al menos esbozados en sus páginas. El *Coloquio* organizado por el Centro de Lingüística Hispánica de México es una sólida respuesta al repetido lamento de que el español de América carece de un tratamiento científico y homogéneo; lo deseable es que ahora no tarden en llegar los frutos que semejante iniciativa merece.

JOSÉ M.<sup>a</sup> ENGUITA UTRILLA

KLOPSCH, PAUL.: *Einführung in die Dichtungslehren des lateinischen Mittelalters*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1980 (194 págs.).

Esta *Introducción a la Retórica latina medieval* se divide en dos partes: los supuestos de la Antigüedad y las enseñanzas de la Edad Media. No se trata de dos bloques simétricos, ya que el objetivo de Paul Klopsch es el Medioevo, pero no se puede llegar a este período sin tener una idea clara de cómo se fue formando la conciencia de las *Artes Poéticas*; en este sentido, destaca la importancia que tuvieron los poetas cristianos de la baja latinidad, que fueron los impulsores de una nueva forma de ver el mundo, gracias a los grandes esfuerzos que realizaron para dar coherencia a una tradición cultural de raíces paganas y a una fe que chocaba con esa cultura; el resultado es bien conocido por los estudiosos, pues los géneros, los motivos y algunos tópicos sufrieron evidentes alteraciones. Los Padres de la Iglesia no se mantuvieron al margen de esos esfuerzos; San Gregorio Magno y Casiodoro representan posturas extremas: el primero, es uno de los fundadores de la espiritualidad medieval; Casiodoro defiende el trabajo intelectual como medio de perfeccionamiento de los monjes. San Jerónimo y la Patrística en general suministrarán ejemplos suficientes para que se pueda argumentar en defensa de cualquiera de estos dos puntos de vista. La primera parte se cierra con la revisión de las Retóricas clásicas: Aristóteles, Horacio, Quintiliano, etc.

Entramos realmente en materia desde el comienzo de la segunda parte, en la que el autor estudia dos aspectos fundamentales de la Enseñanza medieval: el *Accesus ad auctores* y las *Poéticas*. Posiblemente, lo que más llama la atención no es la doctrina expuesta por Paul Klopsch, sino la abundancia de textos recogidos y ordenados por el autor, que hacen de esta obra un trabajo utilísimo para el estudioso que desee profundizar en los terrenos recorridos por Faral, Curtius, Riché, Dronke, Murphy, Faulhaber, D'Heur y otros.

La Retórica se nos presenta en un movimiento continuo desde la antigüedad: sus incesantes altibajos coinciden con el prestigio del estudio, que depende, a la vez, del triunfo de los principios predicados por San Alberto o de la herencia de Casiodoro. Sin embargo, esa inestabilidad parece resuelta en la Italia de principios del siglo XIV, donde el título de Poeta tiene carta de nobleza. Naturalmente, al mismo tiempo triunfa la idea de la inspiración divina del poeta y su deuda con el Cielo y con Fama. El prehumanismo italiano se presenta así como el resultado de una continuidad estética —no siempre triunfadora, pero sí existente en todo momento—, con unas reglas artísticas que acabarán imponiéndose gracias al cultivo que de ellas hacen algunos autores como Petrarca, y que conducen en definitiva al reconocimiento de Cicerón y Virgilio como modelos lingüísticos y poéticos.

El libro de Paul Klopsch es una introducción, y como tal debe considerarse: algunos aspectos que se analizan son fundamentales y básicos en cualquier estudio elemental dedicado a la Retórica de la Edad Media; así ocurre, por ejemplo, con la relación de los autores cristianos y el mundo pagano o con el lugar que ocupa la Poesía en el conjunto de las enseñanzas medievales. La mayor originalidad —así me parece— estriba en los abundantes materiales de primera mano que ha empleado el autor. En definitiva, un libro útil, que merece más amplia difusión.

CARLOS ALVAR

*Substrate und Superstrate in den romanischen Sprachen*, edición de Reinhold Kontzi. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1982 (Wege der Forschung; Bd 475), 551 págs.

La obra que reseñamos constituye una recopilación de trabajos reunidos bajo el título general de *Sustrato y superestrato en las lenguas románicas*. Se recogen en ella estudios publicados en revistas especializadas o en actas de congresos y extractos de libros fundamentales sobre el tema, que abarcan desde 1881 hasta 1982.

El recopilador R. Kontzi abre el volumen con una amplia introducción en la que expone las líneas generales de la obra y una breve historia de los estudios sobre sustrato y superestrato. Su objeto es recoger los trabajos más representativos de entre la numerosa bibliografía existente para resaltar la evolución de la teoría que hoy desplaza el problema hacia planteamientos de lenguas en contacto, bilingüismo, etc.

Kontzi comienza refiriéndose a Dante, L. Bruni, F. Biondo y Leonardo da Vinci como precursores de esta teoría, para situarse luego en el siglo XIX, donde Diez y Schuchardt ya señalaban el origen de algunos cambios lingüísticos romances en las lenguas prerromanas. Llega así a Ascoli, fundamentador científico de la teoría del sustrato desde la geografía lingüística, y a sus seguidores y detractores, hilvanando de este modo los trabajos de Meillet, Merlo y Menéndez Pidal —a quien reconoce el mérito, junto a Pokorny, de haber dado un fuerte impulso a la teoría al resolver satisfactoriamente la discusión sobre la laguna temporal que media siempre entre la desaparición de la lengua de sustrato y el influjo que se le atribuye—. Esta primera parte del libro está centrada en la formación de la teoría del sustrato y sus posteriores matizaciones, hasta desembocar en los resúmenes del Congreso de Bruselas (1939) —que no llegó a celebrarse por estar Europa en guerra—, donde surgen nuevos enfoques (bilingüismo, prestigio lingüístico), se fija y pule la terminología (W. von Wartburg: *superestrato*; M. Valkhoff: *adstrato*) y se aconseja moderación al interpretar cambios mediante fenómenos de sustrato (Puşcariu). Lamenta Kontzi no haber podido incluir aquí, por falta de espacio, trabajos fundamentales de Terracini, pero sí aparece el estudio en que Gamillscheg desvía el problema hacia una relación entre lengua de intercambio y lengua familiar. Cierra esta primera parte la posición de los estructuralistas, no siempre opuesta a la explicación del cambio por influjo sustratístico, con la discusión entre B. Malmberg y K. Baldinger y los trabajos conciliadores de Martinet y Francescato.

La segunda parte está formada por estudios sobre cuestiones concretas entre sustrato y superestrato, destacando el papel de tres grandes superestratos: germánico,

eslavo y árabe. También están representados sectores de la lengua menos investigados: léxico, toponimia... Aquí es donde se inserta el único trabajo inédito, *Das Zusammentreffen der arabischen Welt mit der romanischen und seine sprachlichen Folgen* (págs. 387-450), obra del recopilador R. Kontzi, quien considera exhaustivamente la acción del superestrato árabe sobre las lenguas románicas, subrayando la diferencia entre contactos de superficie y contactos puntuales entre las comunidades.

El problema básico con el que se enfrenta el lector hispánico es el lingüístico: la edición, enfocada desde la óptica del estudioso germánico, traduce al alemán precisamente aquellos textos que resultarían más cercanos al hispanohablante: los artículos en español y en italiano. Ocurre así, p. e., con *Modo de obrar el substrato lingüístico* de R. Menéndez Pidal (págs. 55-62) o con *Sostrato, contatto linguistico e apprendimento della lingua materna* de G. Francescato, por citar sólo algunos. Afortunadamente se respeta la lengua de los originales en francés e inglés, con lo cual encontramos textos en alemán —originales y traducciones—, francés e inglés.

Los trabajos recopilados se asoman, como hemos visto, tanto a la problemática teórica del sustrato, como a planteamientos concretos en el campo de las distintas lenguas románicas. Algunos, sobradamente conocidos y considerados clásicos dentro de la bibliografía sobre el tema, se alinean junto a otros menos asequibles o más especializados en áreas no relacionadas con el español.

Abre el volumen el estudio de G. I. Ascoli sobre las causas etnológicas de las transformaciones lingüísticas, *Die ethnologischen Gründe der sprachlichen Umgestaltungen* (págs. 29-54), seguido del ya citado de Menéndez Pidal y un breve artículo de Meillet sobre bilingüismo. A continuación se incluyen resúmenes de comunicaciones presentadas a los 4.º y 5.º Congresos Internacionales de Lingüistas (Copenhague, 1936 y Bruselas, 1939): de entre ellos habría que destacar los que desarrollan la problemática de *Sustrato, superestrato y adstrato*, donde se recogen, entre otras, opiniones de G. Bottiglioni, A. Sauvageot, W. Brandestein, M. Valkhoff, E. Gamillscheg, W. von Wartburg, B. Terracini, Marcel Cohen, V. Brøndal y A. Alonso.

En el conjunto de la obra es el italiano el que más atención recibe con aportaciones de M. Bartoli, *Caratteri fondamentali della lingua e dei dialetti italiani* (trad. al alemán) (págs. 70-71), G. Rohlfs, *Vorlateinische Einflüsse in den Mundarten des heutigen Italiens?* (págs. 212-231) y *Streifzüge durch die italienische Toponomastik* (págs. 451-481), C. Merlo, *Il sostrato etnico e i dialetti italiani* (trad. al alemán) (páginas 231-251), y E. Gamillscheg, *Zur Geschichte der germanischen Lehnwörter im Italienischen* (págs. 336-375). También el rumano es objeto de estudio por parte de S. Puşcariu, *Quelques exemples à propos du thème «Substrato, superstrato, adstrato»* (págs. 72-73), de C. Poghirc, *Considérations sur les éléments autochtones de la langue roumaine* (págs. 274-301) y E. Petrovici, *Interpénétration d'une phonologie slave et d'une morphologie romane* (págs. 376-386).

Junto a éstos, se incluyen trabajos más generales como el de M. Valkhoff, *Superstrats germanique et slave* (págs. 367-375), los de A. Tovar, *La sonorisation et la chute des intervocaliques. Phénomène latin occidental* (págs. 252-273) y P. Delattre, *La théorie celtique et les substrats* (págs. 320-335), o el estudio de W. von Wartburg, *Die Entstehung der Sprachgrenzen im Innern der Romania* (págs. 302-319), que atañen a toda la Romania o, en algunos casos, particularmente a la Romania occidental.

En lo que se refiere al ámbito hispánico, además de los trabajos de Menéndez Pidal y A. Alonso, hay que destacar *Linguistique ibérique et ibéro-romane. Problèmes et méthodes* de B. Malmberg (págs. 128-182), especialmente interesante para el espa-

ñol y los enfoques de la escuela lingüística española. Aunque no rechaza la explicación por sustrato de determinados procesos, trata de evitarla basándose en situaciones geográficas, históricas y sociales y en su consideración de la estructura silábica. Se completa la exposición de Malmberg con las precisiones que a ella hace K. Baldinger (págs. 183-185).

*Substrate und Superstrate in den romanischen Sprachen* se cierra con una amplia bibliografía clasificada según grupos lingüísticos y tipos de sustrato o superestrato. A los índices se les podría poner algún reparo: en el índice de nombres propios, éstos no están ordenados con un criterio uniforme, y así encontramos: Alonso Dámaso; Amado Alonso; Alarcos Llorach, E.; Boas; Brandenstein; etc. En el índice de materias, el mantenimiento de distintas lenguas hace que una misma materia aparezca en dos entradas distintas, en ocasiones alejadas entre sí por razones gráficas, sin que exista referencia de una a otra. Asimismo, hubieran sido fácilmente subsanables erratas en las citas españolas que hacen que desmerezca un texto, en general, muy cuidado (p. e., pág. 175 problación, pág. 176 comunicación, pág. 176 Asi, pág. 261 duraci- ón, etc.).

En toda recopilación hay trabajos que se echan de menos, pero el mismo Kontzi justifica el carácter no exhaustivo de la obra por la necesidad de seleccionar y la imposibilidad de incluir grandes ideas recogidas en monografías, remitiendo al estudio de D. Silvestri, *La teoria del sostrato. Metodo e miragi*, Napoli, 1977-1979. En resumen, la recopilación es útil tanto para romanistas como para hispanistas, ya que pone al alcance del interesado por la materia trabajos dispersos con unidad temática, realizados desde diferentes puntos de vista y con metodología distinta, haciéndole seguir la progresión experimentada desde los primeros planteamientos sobre sustrato y superestrato hasta los actuales enfoques del problema.

PILAR GARCÍA MOUTON

BEINHAUER, WERNER: *Stilistisch-phraseologisches Wörterbuch spanisch-deutsch*, Max Hueber Verlag, Munich, 1978 (1043 págs).

A pesar de que el título de la obra es bien explícito, me parece necesario insistir en él. Es un diccionario porque en su interior recoge palabras en el orden habitual de los repertorios léxicos, el alfabético. Pero su contenido difiere notablemente de los diccionarios que estamos acostumbrados a manejar a diario: la nomenclatura es muy reducida (unas 7.000 entradas) y las informaciones de la microestructura son muy particulares. Del título se desprende, también, que es un diccionario bilingüe monodireccional, por más que su contenido se aparte de la concepción habitual de un diccionario bilingüe. Por último, el título dice igualmente que es una obra estilístico-fraseológica, acotación referida a los distintos niveles de lengua recogidos en su interior (literario, familiar, popular, vulgar, etc.) y a las unidades que son tratadas de un modo particular, las frases hechas, giros, modismos, etc., y cualquier otra construcción que pueda ser de interés para el usuario.

En cuanto al contenido del diccionario, el autor advierte en el prólogo que se trata de léxico recogido de la lengua hablada y escrita, y que los criterios seguidos para incorporarlo en el repertorio han sido la relativa frecuencia de aparición y las particularidades idiomáticas. Así pues, es un diccionario bilingüe especial para tra-



ducir al alemán las expresiones difíciles de entender para un extranjero y cuya aparición no es extraña en nuestra lengua.

En este diccionario no son las entradas las que motivan el contenido de los artículos, sino a la inversa: la catalogación de las explicaciones requiere que un elemento figure en la nomenclatura, con el fin de facilitar al lector el acceso hasta lo que busca. Una vez establecida la relación entre macroestructura y microestructura, ésta se amplía enormemente para ofrecer al usuario varias informaciones, no sólo la traducción del término que figura en la entrada, y de sus construcciones especiales. De este modo, la extensión del diccionario se alarga hasta adquirir casi el tamaño de un diccionario general de la lengua a pesar de contener menos de la décima parte de artículos.

Un espacio considerable de cada artículo está ocupada por la sinonimia de la palabra de la entrada. Los sinónimos que enumera W. Beinhauer lo son en un sentido amplio, y por ello es por lo que no se agotan todas las posibilidades de series sinonímicas, ni se repiten los mismos términos con cada una de las palabras que se pueden encontrar como sinónimos en una serie inicial. Menos numerosos que los sinónimos son los antónimos que figuran en la mayoría de los artículos. De cualquier modo, quedan abiertos muchos caminos al usuario para que aprenda nuevas voces: el diccionario cumple, pues, su misión didáctica.

No existen definiciones porque se trata de una obra bilingüe, pero la traducción al alemán, los sinónimos y los antónimos, sitúan al lector, sin mucha dificultad, ante el significado de la palabra. De otra manera no hubiera podido confeccionarse el resto del contenido de los artículos, ya que son numerosas las expresiones que no son traducidas ni explicadas; el lector las comprende después del examen de las informaciones que anteceden en el interior de los artículos. Tal vez el capítulo más largo de las construcciones pluriverbales sea lo que W. Beinhauer llama *epíteto*, esto es, las secuencias que se repiten en la lengua con abundancia aunque sin llegar a fijarse léxicamente. La traducción al alemán figura siempre que el significado de tales expresiones se desvíe del que pudiera tener originariamente. Es un proceso más para enriquecer la competencia lingüística en español del usuario, pues no sólo sirve para descifrar textos, sino también para construirlos, cuando se indican los niveles de lengua en que pueden utilizarse o hallarse las expresiones, los sinónimos y los antónimos.

Las posibilidades de construir frases se completan con los numerosos ejemplos que acompañan a cada artículo. Son, por otro lado, un complemento eficaz de la rúbrica *epíteto*, pues el autor ha intentado poner, justamente, ejemplos sencillos y que respondan a usos habituales. Después de los ejemplos figura el apartado de las *locuciones*, donde van a parar las construcciones particulares, no sólo las locuciones en sentido estricto. En definitiva, es una facilidad más para que el usuario interprete y construya frases.

La última parte del diccionario la forman los derivados de la palabra de la entrada. Si contáramos los derivados que figuran en todos los artículos, se multiplicaría el número aparentemente corto de las voces consignadas. Se ahorra espacio y se agrupan lexemáticamente los términos que tienen el mismo origen. Tampoco ahora se explican los significados, pero el lector dispone de un nuevo servicio para acrecentar su vocabulario y para comunicarse en nuestra lengua.

Es, en definitiva, un diccionario bilingüe en el que lo fundamental no es la traducción misma de la palabra, sino sus relaciones léxicas y semánticas con otras voces, y las construcciones en que puede figurar; una obra polivalente donde el

aspecto didáctico ha sido cuidado hasta el punto que no sólo es útil para traducir del español al alemán, sino también para quienes de un modo u otro deseen acercarse al conocimiento de nuestra lengua, y hacer estudios sobre ella.

MANUEL ALVAR EZQUERRA

*Viaje de Turquía*. Edic. de Fernando García Salinero. Ediciones Cátedra (col. Letras Hispánicas n.º 116), Madrid, 1980, 514 págs.

Sea o no correcta la interpretación habitual de la conocida sentencia de Terenciano Mauro, lo cierto es que hay libros con poca suerte, y uno de ellos es el *Viaje de Turquía*. Inédito casi tres siglos y medio, no sólo no pudo ejercer un benéfico influjo lingüístico e intelectual, sino que, aun publicado por Serrano y Sanz en 1905, hubo de esperar largos años hasta que en 1937 Marcel Bataillon advirtió su interés y empezó a despejar sus incógnitas. En 1952, el mismo sabio hispanista ofreció en la *NRFH* una muestra de la edición anotada que preparaba y que —nuevo infortunio para la obra— dejó sin realizar. Tampoco ha visto la luz, que sepamos, la edición prometida por F. Meregalli en 1974 (*BRAE* LIV, 201), mientras que iban desapareciendo del mercado tanto la de la NBAE, como las de Solalinde y J. García Morales que reproducen su texto, sustituidas por la poco atractiva y menos fiable de la col. Austral. Tales son, *grosso modo*, las peregrinaciones póstumas de Pedro de Urdemalas, hijo probable de uno de aquellos ingenios en su tiempo caracterizados por esperar lo que nunca llega.

En un notable artículo sobre este libro (*RFE* XLV, 1962, pág. 90) Luis y Juan Gil enumeraban «el cúmulo de conocimientos, rara vez reunidos en una misma persona», necesarios, a su juicio, para enfrentarse con éxito a las interrogantes del *Viaje*. F. García Salinero, que declara (pág. 7) no estarle reservada tamaña empresa, ha hecho un esfuerzo considerable por plantear y resolver esos problemas y su labor merece, de entrada, nuestra simpatía, es decir, nuestra atención rigurosa. Partimos de la base, bien obvia, de que el editor sabe mucho más que el lector acerca de una obra en la que ha invertido años de trabajo, y así, las observaciones que siguen deberán considerarse emitidas con una prudencia y una reserva superiores a lo que permite ver el laconismo de la reseña.

A F. G. S. se deben también al menos tres artículos sobre el posible autor del *Viaje*, publicados en *Est. Extremeños* (1978), *BRAE* (1979) y *Rev. de Est. hispánicas* de Arizona. Lo principal del segundo de ellos se recoge en la introducción. Ésta, que abarca 83 págs., se ocupa de los manuscritos, de la estructura literaria, de las fuentes, de la lengua y del posible autor, explica los criterios adoptados en la edición y añade la bibliografía en torno al tema. Va precedida de un mapa de los dominios turcos a mediados del siglo XVI. (Otros cuatro mapas a diferente escala, págs. 96, 257, 274 y 335, y un dibujo, pág. 290, obra también del editor, completan las ilustraciones del volumen). En la 1.ª página (que es la 15) de dicha introducción encontramos ya algo que nos sorprende. Al hablar del ms. denominado *Mo* y que perteneció al Conde de Gondomar, a Campomanes y a Rodríguez Moñino, dice G. S. que el *Viaje de Turquía* «recibió el mencionado título quizá por iniciativa de su primer editor, don Manuel Serrano y Sanz», e insiste en ello en págs. 25 y 385. Pero en pág. 77,

y hablando del mismo ms., la invención del título se atribuye a Gallardo. Naturalmente desde tales supuestos G. S. se encuentra con derecho a subtítular el libro «La odisea de Pedro de Urdemalas», lo que carece de importancia. Y sin embargo el título del *Viaje de Turquía* no es invención moderna imputable ni a Gallardo ni a Serrano. Se encuentra muy claro en la primera hoja interior de guardas del ms. 3.871 de la BNM, con letra del siglo XVII, según M. Bataillon (*NRFH* VI, 1952, 121), así como en su copia. Dichas hojas tienen una marca de agua distinta de las restantes del ms., por lo que no sabemos en qué fecha fueron añadidas, pero no es nada imposible que el escriba lo hubiese copiado de los primitivos folios iniciales, siempre más propicios a deteriorarse. En realidad tendríamos que empezar por preguntarnos si estamos ante una edición crítica, donde fuese exigible un mínimo de rigor metodológico, o, incluso, si cabe tal tipo de edición en vista de que cuatro de los cinco mss. en presencia parecen derivar del primero. En caso afirmativo habría que esperar variantes al pie, pasajes tachados o enmendados, discrepancias entre las distintas copias, etc., nada de lo cual aparece aquí, así como foliaciones, subtítulos y subdivisiones entre paréntesis cuadrados, etc., y sobre todo la «tabla muy copiosa de todas las cosas que en este libro se contienen», que abarca los folios 4-10 y sirve, como señaló F. Meregalli, para saber de qué trataban los fols. perdidos en el ms. principal. De todas formas no pidamos gollorías: con un texto que reproduzca limpiamente el del ms. 3.871 y unas notas que esclarezcan o planteen las principales dificultades podríamos contentarnos, y si a ello se añade el estudio de fuentes y estilo, e incluso una nueva hipótesis sobre el autor, miel sobre hojuelas. Veamos qué hay de todo eso.

Como se recordará, Serrano y Sanz atribuyó el *Viaje* a Cristóbal de Villalón, con poco fundamento. Bataillon lo supuso obra del Dr. Laguna, y a demostrarlo dedicó varios trabajos magistrales. El hispanista norteamericano, de origen alemán, W. L. Markrich, disiente de ambos en su tesis doctoral y se inclina por algún caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén, también llamada de Malta, isla donde dicha orden centró sus operaciones contra el turco desde 1522. F. G. S. ha proseguido en la dirección indicada por Markrich —prematuramente desaparecido— hasta postular la candidatura de Juan de Ulloa Pereira, el cual reúne las condiciones de origen, familia, militancia en la orden de Malta y heterodoxia de creencias, que le parecen concordantes con lo que deja entrever Pedro en el diálogo. No estamos en condiciones de discutir esta tesis que, sin otros indicios, se nos antoja algo endeble. Que el autor del *VT* muestra interés por otras religiones no cabe duda, pero eso debió de ser muy común en círculos de erasmistas, iluminados o conversos. Lo que de ningún modo se desprende del texto es su condición de comendador —o caballero— de Malta. (La explicación que da Pedro acerca de la *scorta di poppa* de una galera, pág. 149, cosa propia de las de Malta dice G. S. en pág. 68, no es muy buen ejemplo de precisión pues el autor se refiere a una galera turca.) Antes al contrario: frases de Pedro como «me vi una vez con quince caballeros comendadores de Sant Juan» (pág. 151), «procuré d'estar con la camarada de los caballeros que eran, entre comendadores y no, quince» (pág. 159), o «estábamos quinze caballeros y yo una noche» (pág. 160; en la intr. de G. S. es inútil buscar las referencias porque envía a los fols. del manuscrito), según ya señaló Bataillon, son «una forma de reconocer que él no era caballero» (*BHi* LVIII, 1956, pág. 165), y así lo acepta G. S. en pág. 66, suponiendo que Pedro podía ser religioso o sirviente de Malta. Ahora bien, Ulloa sí fue comendador de esa orden, no sabemos desde qué año. ¿Cabe pensar que se presente a sí mismo en un grado inferior? ¿Entraban los nobles en esos grados? Prosigamos. Cuando Pedro está a punto de ser decapitado en Nicomedia (pág. 178)

dice que su madre podrá consolarse con sus otros cuatro hermanos. Esto sucede hacia 1553, fecha en la que Don Juan de Ulloa no tenía cuatro sino tres hermanos, puesto que el mayor, Diego, había muerto en Preveza (1537). Si en el cálculo entrasen sus hermanas (pág. 70), entonces serían siete. La concordancia se diluye un poco. De todas formas no tenemos nada que oponer a la autoría de Ulloa, de quien no está documentada ninguna aptitud literaria, y el *VT* es una obra maestra «que no puede contentarse con ser atribuida a un padre cualquiera» (M. Bataillon). Simplemente nos parece que tal método equivale a buscar una aguja en un pajar. La tesis de Bataillon, en cambio, se basa en hechos sólidos, de los que G. S. da cuenta muy poco satisfactoria en págs. 59-64. El principal trabajo de Bataillon sobre el *VT* es el que abre ese 2.º fascículo del *BHi* LVIII (1956), núm. monográfico dedicado al Dr. Laguna. Es extraño que G. S. silencie uno de sus argumentos más curiosos, tanto en la introducción como en la nota de pág. 462. En resumen, se trata de lo siguiente: en todo el *VT* no aparece más que un documento (pág. 462), la carta credencial dada al embajador de Venecia Antonio Erizzo, en 1554, para el beglerbey del mar Zinán Bajá, amo de Pedro durante su cautiverio. Bataillon ha comprobado su autenticidad en el Archivio di Stato de Venecia. Ante ello caben dos alternativas: o el autor del libro tuvo acceso a tal documento diplomático en Constantinopla o en Venecia. Descartado lo primero, por las dificultades inherentes al hecho en sí, a su copia o memorización sin finalidad visible, y por ser cada vez más claro el carácter de ficción literaria y no de autobiografía real del *VT*, resulta que quien estaba en Venecia en esa primavera de 1554, preparando su viaje —luego frustrado— a Turquía, era el doctor Laguna. Esto ya es un hecho histórico, no una conjetura. De otro buen argumento da G. S. este esquema chocante: «Pedro refiere sus actividades de herborista aficionado en las ruinas de Nicomedia» (pág. 62). Eso es tanto como no decir nada. He aquí, también en síntesis, lo averiguado por M. Bataillon (*Ibid.*, 152-157). Se trata de otro diplomático, esta vez de Fernando de Austria, el caballero flamenco Ogier Ghiselin de Busbecq, que, a su regreso de Inglaterra fue nombrado embajador en Constantinopla, a donde llegó a comienzos de 1555, semanas después de muerto Zinán Bajá y cuando se estaban vendiendo sus esclavos —entre ellos los compañeros de Pedro—. Busbecq envió ese mismo año a su amigo Nicolas Micault, residente en Bruselas, una extensa relación latina sobre Turquía, que es, a pesar de no haberse impreso hasta 1581, fuente segura del *Viaje*. El doctor Laguna pasó en Amberes los últimos meses de 1554 y casi todo 1555 ocupado en la impresión de su *Dioscórides*. Pudo entrar en el círculo de Busbecq o de su médico, Guillaume Quackelbeen, y conocer así la carta en cuestión. La cosa no se detiene ahí. Quackelbeen herborizó en Nicomedia para el botánico italiano Pietro Andrea Matthioli; éste le había pedido muestras de la planta llamada *Acorum*, cuyo dibujo y descripción pudo así incluir en ediciones ulteriores de su *Dioscorides* latino. En una carta de Quackelbeen a Matthioli, de 1557, aquél se pinta a sí mismo herborizando en Amasia, durante 1555, y confrontando los ejemplares encontrados con los dibujos del libro de Matthioli. En el *VT* Pedro relata cómo acompañó a su amo a Nicomedia, en la orilla oriental del mar de Mármara: «Llebóme consigo y armamos sesenta tiendas en aquel campo, que era por mayo, adonde estuvimos un mes, y en este tiempo yo conocía algunas yerbas y tenía un libro donde están dibuxadas, de medicina, que se llama herbario, y tomaba algunas de ellas y íbame al pabellón del Baxá y mostrábaselas vibas y pintadas juntas...» (págs. 176-177). El parecido entre ambas situaciones no puede ser mayor: como que Matthioli era amigo del doctor Laguna y son los dibujos del italiano los que ilustran el *Dioscórides* español. Nada concluyente, quizá, pero tam-

poco nada que se pueda pasar por alto como hace G. S. al presentar la tesis de Bataillon.

Dejemos ahora el prólogo, donde no faltan otros deslices menudos (sobre todo al analizar la morfosintaxis del VT) y echemos un vistazo al texto y a sus anotaciones sin alargarnos demasiado. Lo primero discutible es el criterio ortográfico que, disfrazado de fidelidad al manuscrito, origina confusiones en el lector y hasta en el editor, sin mayor provecho filológico. Algo semejante sucede con la puntuación. De estos aspectos veremos ejemplos a medida que salgan al hojear el libro, e iremos señalando otros detalles de cierta cuantía que permitirán formar juicio sobre la edición propiamente dicha.

Pág. 94, línea 19: *con qué servirle*, léase *servir*. — Pág. 101, l. 3 y nota 8: *mandós*, léase *mandos*, 1.ª persona. Nota 9: Henry Cock no fue arquero, sino *archero*, de Felipe II. — Pág. 102, l. 24 y nota: *Mejor me ayude Dios, que yo no los tengo por christianos, quanto más por buenos*. El *no* está mal añadido; era común hacer comparaciones con estas frases optativas (cfr. «tal sea mi vida como tiene razón», pág. 110). Entiéndase: «mejor sea la ayuda de Dios que mi creencia en su cristianidad». — Pág. 103, l. 10: *no quanto os han restituido, porque no tienen, que pues...*, léase *porque no tienen qué, pues tampoco les habéis dado; pero ¿cuándo...* etc. En esa pág. la nota 16 no diría lo que dice, y que se repite en otras, de haber echado una ojeada a *The Syntax of Castilian Prose. The Sixteenth Century* (Chicago, 1937) de H. Keniston, porque la sintaxis del VT es perfectamente normal para su época, y mucho más en una obra tan cercana al lenguaje coloquial. — Pág. 107, l. 15: *¡Oíste a bos! ¿Cómo, puto, pullas me echáis?* léase *¡Oíste*, etc., pues no tiene que ver con el verbo oír sino con la interjección *oxte*. Habría que explicar al lector que Correas trae esta forma «¡Oíste, puto! — Lo que *guarda afuera*: kuando se retiran de daño», y aclara poco antes que «el *oíste* es trocado de *hoxte*» (ed. Combet, 168 a). — Pág. 108, l. 6: *Dize qué...* léase *que*. La misma pág., l. 26: *aun en el mundo*, léase *aun en el cielo*; *mundo* es corrección posterior. — Pág. 111, están intercambiados los exponentes de las notas 37 y 38. — Pág. 112, l. 15: *dexaste*, léase *dexastes* (cfr. pág. 46). — Pág. 115, nota 4, no explica nada. Se alude a Juan, 2: 1-10. — Pág. 117, nota 9: *vamos* sí era subjuntivo. — Pág. 119, nota 1 (de la que falta exponente en el texto), *¿seguro que Ribadavia es de Ciudad Real?* — P. 125, l. 9: *el mesmo* léase *él mesmo*. En la nota 15 se remite a un pasaje de la *Moria* de Erasmo (trad. Puyol, M., 1917, págs. 131-134) donde no se trata para nada de las reliquias. — Pág. 128, nota 29: (?). Nota 30, *después que* no es galicismo. Nota 31, *hervor* no equivale a *favor* sino a *fervor*. — Pág. 129, nota 2, remite a Introd., nota 15, que está en pág. 25, pero lo citado no se encuentra ahí sino en pág. 40. En nota 3 insiste G. S. en una confusión de Merriman sobre la que vuelve en pág. 154, nota. De igual manera señala dos veces el «error» de Dubler (págs. 52 y 156, nota) al reprochar a Pedro que confunda Pera con Gálata, barrios de Constantinopla al N. del Cuerno de oro. No es para tanto, pues aunque fuera frecuente confundirlos, en efecto eran barrios distintos: Pera en el interior, al N. de Gálata, situado en el litoral. Algo semejante sucede con el par de lapsus de L. y J. Gil sobre las palabras *hundir* o *antigualla*, reiterados una y otra vez por G. S. (pág. 38, nota 33, y pág. 45; BRAE LIX, 1979, pág. 477, nota 27, y pág. 487). Tal insistencia es tan poco piadosa como lo sería repetirle a F. G. S. su sorpresa, al describir el navío representado en la lápida de la familia Laguna, porque el estandarte del palo mayor está «extrañamente orientado a proa, contra el viento» (BRAE cit. pág. 469). Pues ¿a dónde había de orientarse cuando el viento hincha sus velas soplando desde popa? (Véase la lám. XXVII

de *Erasmus y España*, México, 1966, entre págs. 680-1). De esos fallos tenemos todos abundante cosecha, y aunque convenga señalarlos no hay por qué ensañarse con ellos. — Pág. 134, nota 8, es muy poco probable tal pensamiento etimológico; *cosa de manos* es oficio mecánico. — Pág. 139, nota 19: Pedro no desdeña ningún decálogo al decir que *quien no roba no come*. Está hablando de los esclavos que roban para comer, lo que no va contra ningún precepto, y menos en aquel Mediterráneo donde hasta ciertos «fraires», precisamente los de Malta, robaban y pirateaban tanto como Dragut, según F. Braudel (trad. M. Monteforte y W. Rocés, México, 1953, I, 303, II, 97 sigs.). — Pág. 141, l. 5, *del conde Fernán González y Acota, con otro su primo* (dice la nota 25: «Acota debió de ser Acosta, de prosapia más conocida»). Disparate; léase: *del Conde Fernán González, y acota con otro su primo* (cfr. «no me acotaban otro autor», pág. 213), pues *acotar* era 'citar, mencionar' y solía regir *con*. L. 10: *casada* habría que corregirlo en *casa*. En la misma pág. las notas 26 y 27 tienen intercambiados sus exponentes. — Pág. 142, nota 30: *que le portasen el menge* no es «que le portasen la comida», como interpreta G. S., sino *el metge*, es decir el médico. La nota 31 también está descarriada: *d'entendimiento* no se refiere al médico sino a los amigos, como se ve por el adjetivo *principales*. — Pág. 147, l. 11, suprimáanse los signos de interrogación. — Pág. 149, ¿para qué repetir en nota 42 lo que está en el texto? — Pág. 150, nota 44: las *almillas* que hacían los esclavos en la galera no eran palos sino prendas de vestir. — Pág. 151, l. 5: mejor que insertar *tener* sería suprimir el *que*: *Suelen, temporadas hay, comer mejor que los capitanes*. — Pág. 152, nota 48: es insuficiente lo dicho para entender lo de *maltratar*. — Pág. 153, nota 49: G. S. interpreta *caminar* como andar por tierra, y así supone que las gentes de Zinán Bajá, después de despallar las galeras en Patrás, «caminan por tierra firme hasta Puerto León (El Pireo)». ¿Y qué hacen con las galeras? ¿Las llevan a cuestras? El mismo error se ve en el mapa de pág. 257. El itinerario es el único sensato: de Santa Maura van a Lepanto, retroceden algo hasta Patrás y de allí bordeando Morea llegan a Puerto León. *Caminar* podía significar navegar. Cfr. «Partimos con un bonico viento y caminamos obra de tres leguas» (pág. 268). Más claro en Alonso de Contreras: «Embarcámonos y caminamos a más no poder hasta salir del archipiélago» (*Vida*, ed. F. Reigosa, M., 1967, pág. 111). — Pág. 157, última línea: suprimáse el *con* añadido. *Toda la noche quan larga era* es perfecto castellano. Nota 6, no hay tal metáfora: *yo fui uno* quiere decir, de los amodorrados o enfermos. — Pág. 170, l. 15: *y pídele una*, léase *pedíle*. — Pág. 175, l. 10: *por miedo de los otros christianos que están con él, no le corran*, sobra la coma. — Pág. 178, l. 15, restablézcase el *sin* indebidamente corregido en *sino*. La nota 19 es redundante: la trad. se da en el texto. — Pág. 187, l. 29: *calme*, léase *catame*. — Pág. 188, l. 10: *hombres*, léase *hombros*; l. 13, *santisfízose*, léase *satisfízose*. — Pág. 189, nota 46: *vista* no es «indudable error» por *visita* sino que puede estar bien. Lo que no está bien es llamar *mueca* a la *higa*, en nota 47. — Pág. 190, l. 2: *jamás me pasó por el pensamiento, como fuese pecado, que si se sabía*; la coma después de *pecado* estropea la frase. — Pág. 192, ls. 14-15, suprimáanse los signos de interrogación. — Pág. 193, nota 3: aunque Pedro confecciona más adelante un jarabe rosado «algo agrete» (pág. 202), el jarabe no es «bebida amarga y desagradable» sino dulce, al menos en opinión de Covarrubias. — Pág. 199, nota: no hay tal petulancia en Pedro, cuando dice ser «hombre que ha pasado por todas las cortes de los mayores príncipes del mundo», puesto que ha pasado por Valladolid, Roma y Constantinopla. — Pág. 203, l. 29, sobran los dos puntos después de *cautibos*. — Pág. 205, nota 23 (l. 8), antes de *Antonio Musa* falta *autor*. — Pág. 206,

l. 23: *darme a mi parte*, léase *darme a mí parte*. — Pág. 207, l. 27: *diere*, debe ser *diese*. — Pág. 208, nota 2: lo que era como una jara no se refiere al clíster sino a lo que mandaban los médicos judíos, dañino como una flecha. — Pág. 212, l. 1, parece que se ha impreso una advertencia al linotipista en medio de una frase de Juan: *donde alinearlo bien le habían dado...* — Pág. 214, l. 25: *Retraxósele*, es, claro, *retráxosele*. — Pág. 217, nota 23: *ejicit* es *arroja*, no *arrojé*. — En pág. 218, l. 21: *abrazo toda la ropa y quítola de la cama y hago en el aire la cama bien hecha*, merece la siguiente nota de G. S.: «puesto que la costumbre oriental era dormir en el suelo, *hacer la cama en el aire* es disponerla al modo nuestro en un catre o cama». El comentario es lo que se dice *disarming*. «Hazer una cosa en el ayre», nos aclara Covarrubias, es «hazerla con gran presteza», *s. u.* ayre. La audacia de Pedro no llegaba a cambiar las costumbres de Sinán Bajá tan de repente. — Pág. 219, l. 11: *hidesputas*, léase *hideputas*. — Pág. 220, l. 12: *el fin para que los escrivieron*, léase *el fin para que los que escrivieron*. — Pág. 222, l. 7: *la primera cosa que venía por la mañana*, léase *veía*. — Pág. 223, l. 25: *poco*, léase *poço*. — Pág. 224, l. 22, sobran los signos de interrogación. La nota 39 no lleva camino. ¿Podría ser que no figuraba en el padrón de infamia exhibido en las iglesias? Nota 40: «Dío, en singular». ¿Es que *Dios* es plural? — Pág. 227, l. 25, sobra la coma después de *justicia*. — Pág. 231, l. 22: *y como aunque sanó estaba flaco*, léase *sano*. — Pág. 232, l. 12: *antes de en cabo del mundo que me hallara tenía de venir*. Anota G. S. «*antes de*, por *antes que*». Nada de eso. La frase significa: «incluso del fin del mundo donde me hallara tenía que venir». L. 34, debe haber coma después de *veneçianos*. L. 37: *No puede hazer*, léase *puede*. — Pág. 233, la nota 59 deja al lector sin saber por qué se dijo lo de *rocín y mançanas*. Correas lo explica en otro lugar (pág. 574, ed. Combet). Ls. 7-8, sobran los signos de interrogación. — Pág. 238, nota 6 —y otros muchos lugares— no *Vitrubio* sino *Vitruvio*. — Pág. 239, l. 28: *aquel úngaro, no contento con esto, ya que estaban rrendidos estaba mal...* Sobra la coma en *esto* y falta en *rendidos*. — Pág. 240, l. 29: *con toda su mayoría*, léase *mejoría*. — Pág. 242, l. 15: *obras de padre e hijo*, léase *a hijo*. ¿Cuál será, en la nota 17, «la orilla derecha del Bósforo»? — Pág. 244, l. 25: *ni les había*, errata por *habla*. L. 32: *y de ganancia; quando le diesen los doçientos ducados*. El punto y coma arruina la frase. — Pág. 245, l. 7: *pusieron* debe ser *pusieran*. — Pág. 246, l. 7: *yo podía* es *yo pedía*. La frase de l. 18 no es interrogativa. — Pág. 249, nota 27, G. S. interpreta mal la frase de Pedro en pág. 253: «dízelo Homero, que era çiego y no lo vio, y también era poeta» donde no se dice que Homero fuese poeta como Laguna u otro, sino que era, además de ciego, poeta. — Pág. 252, ls. 11 y 13, sobran los signos de interrogación. — Pág. 254, l. 8: «*valiendo más salto de mata*», etc., es refrán que trae Correas (ed. Combet, 538). L. 26: *espantó* es *espanto*. L. 28: *traxeren* debe ser *traxesen*. Sobran los signos interrogativos en la penúltima línea. — Pág. 255, l. 10: *beborreando* no puede ser *verborreando* como quiere la nota, sino un frecuentativo de *beber*. — Pág. 259, l. 34: *hazer del ladrón fiel*: «*quando uno se muestra amigo i del bando de akel a kien por otra parte haze tiro daño i traición*» (Correas, ed. Combet, pág. 761 a). — Pág. 260, l. 11: *Yo les respondí*, es *le*. — Pág. 262, l. 16: *beliçosa* será *belicosa*. — Pág. 263, l. 16: *con esta justamente es con esto juntamente*. — Pág. 265: *una arcabuzazo*, errata por *un*. — Pág. 266, nota 25: los avarientos no terminan rápidamente el padrenuestro con el *remissionem peccatorum* (G. S. dice *pecunia-rum*), frase que no le pertenece, sino que saltan a otra oración para no decir, ante los deudores, aquello de *sicut et nos dimittimus debitoribus nostris*. — Pág. 268, nota 31: en el mapa de pág. 257, así como en el de pág. 274 y en varias notas, se da

a entender que Pedro va de la Cavala a la península de Casandra, que en testimonio de Belon se llamaba también *Sciathos*, como la isla de ese nombre (y en sus palabras no queda claro que se considerase isla). A nuestro juicio Pedro no la pisa ni se refiere a ella para nada, sino que al decir *Sciathos* habla siempre de Tassos. Ello es bien visible en pág. 268: salen de la Cavala hacia el monte de Ato, que está al Oeste, y a las tres leguas «volvió el viento contrario», con el cual era imposible llegar a Casandra, que está más al Oeste aún que Ato, pero sí a Tassos, que está al Este. Por eso Pedro no quiere pagarle más de dos ducados al barquero, porque «yo te alquilé para beinte leguas a Monte Sancto —dice— y no me has traído sino tres». Más adelante, después de recorrer los monasterios de Ato, cuando consigue embarcarse, una tormenta lo vuelve al mismo sitio, es decir a Tassos: «¿No os tengo dicho que me bolvió la fortuna a la isla donde dexé al sastre, que en mes y medio, con quanto había caminado y trabajado, no me hallé haber aventajado una legua?» (pág. 294). La única pega aquí es la localización de esa Sidero Capsia que podría ser la actual Stratoniki o puerto parecido en la Calcídica, pero no la Galatista señalada por G. S. — Pág. 276, l. 38: *más*, léase sin acento. — Pág. 277, l. 25: *fuer* es errata por *fuera*. — Pág. 282, l. 29: *se entiende* es *se entienda*. — Pág. 283, l. 30: *aresti* es *anesti*. — Pág. 284, l. 24: léase *zampúzánle*. — Pág. 288, l. 33: *vuestra amistad*: léase *v. santidad*. L. penúltima: *si mala pascua le dé Dios*, léase *sí* (= así). — Pág. 291, l. 22: *ciertas gente*, es *cierta*. — Pág. 294, l. 11: *asentad está por cabecera*, léase *esta*. Las notas 6 y 7 tienen cambiado el exponente. — Pág. 298, l. 16: *morías*, léase *moríais*. — Pág. 301, nota 18, dice que «no deja de ser sorprendente que Pedro arriesgue su libertad y su vida en una nave que se dirige potencialmente a tierras dominadas por los turcos, especialmente la isla de Chíos». Lo sorprendente es que G. S. diga eso, sabiendo que era la única vía posible para escapar del dominio turco, puesto que en Chíos los genoveses protegían a los fugitivos mediante su comercio con Italia. Por eso es poco verosímil, como han señalado Luis y J. Gil (*op. cit.*, pág. 122), que la nave con fugitivos a bordo osara ir de Chíos a Esmirna a cargar trigo para Sicilia, donde ninguna falta hacía. — Pág. 304, l. 4: *ninguna pared*, léase *ninguna otra pared*. — Pág. 306, nota 34: es evidente que para el autor del VT los vizcaínos eran habladores durante las comidas. — Pág. 307, nota 36: el *golondrino* no es de peltre sino de estaño, al menos eso dice Pedro en l. 11. — Pág. 310, l. 16: *¿Qué, tan*, léase *¿Qué tan*. — Pág. 313, l. 5: sobran signos de interrogación. L. 27: *lo que mejor, tenía bien*, léase *lo que mejor tenía, bien quisto*. — Pág. 315, ls. 39-40: el texto parece estragado. — Pág. 316, l. 11: no es *el Ilio*, sino *Ilio* (en pág. 317 se escribe *Ileo*). Nota 53: Galeno vivió después, no antes de Cristo. — Pág. 317, nota 57: es congruente que Pedro no cumpla su promesa ya que según los Gil (*op. cit.*, pág. 97) estaba muy extendido «el vicio de enjuiciar con menoscupo a Atenas por las casuchas del Pireo», lo único que él conoce. — Pág. 322, l. 10: *déxanselo* debe ser *déxenselo*. — En pág. 326, después de la pal. *desembarcan* de l. 9, falta la siguiente frase: *cuando van a tierras calientes y se embarcan*. — Pág. 328, nota 90, las *Actas* son los *Hechos de los Apóstoles*. — Pág. 329, l. 11: *¿Qué, tanto hay?* es de nuevo error por *¿qué tanto hay?* En la nota 92 se pregunta G. S. cómo es posible que el autor, si se acepta como tal al Dr. Laguna, pueda pasar por Scila y Caribdis sin hablar de la flora, los minerales o las aguas. Esta objeción deriva de la que hacían L. y J. Gil (*op. cit.*, pág. 108) a Pedro por no fijarse en los mosaicos y en las bibliotecas del Monte Ato, cuando harto trabajo le costaba matar el hambre. ¿Habrán que recordar a estas alturas que autor y personaje son cosas distintas sin lo cual no hay coherencia novelesca posible?



Un personaje de novela, cautivo varios años, huido en hábito de fraile en pleno invierno, a pique de ser traicionado y entregado a los turcos por los mismos frailes que lo reciben de muy mala gana; que no aparta sus ojos del mar durante un mes por ver si descubre una vela para embarcarse hacia Quíos, único camino para la libertad, ¿se concibe entretenido en apreciar tesoros bibliográficos de los monasterios, o en describir ninguna flora o fauna marinas? — Pág. 332, l. 1: *se me había andado*, léase *olvidado*. — Pág. 334, l. 2: *dixóme* es *dixome*. — Pág. 341, l. 9: *pañño hay bueno y no muy caro; principalmente raja de damas, es tierra mal probeída*. Basta puntuar bien para eliminar el sinsentido *raja de damas* que G. S. se esfuerza en aclarar: *pañño hay bueno y no muy caro, principalmente raja; de damas es tierra mal probeída*. En la nota 28 no es reparo de bulto a la tesis Laguna el que se hagan críticas del papa (Julio III) «que le hizo milite de San Pedro». El mismo Bataillon ha explicado que en esa milicia se entraba por compra del título, y que A. Laguna pudo pagárselo gracias al dinero ganado como mercader de vituallas para el ejército imperial. (*Política y literatura en el doctor Laguna*, Madrid, 1970, págs. 28 y 36). — Pág. 350, l. 26: *porfiara* es *porfiará*. — Pág. 353, l. 20: está repetida. Sustitúyase por: *Todo es mar, sino las casas y adondequiera que*. — Pág. 356, l. 26: *már* es *más*. — P. 357, l. 9: *En eso yo me* léase *yo no me*. — Pág. 364, l. 21: *Hay muy grandes ditados en Italia: el Ducado de Ferrara en Milán*, etc. No sabemos por qué G. S. pone cursiva a muchas palabras y frases del VT, en este caso a *ditados*, que le parece «evidente errata del copista» en lugar de *ducados*. No podemos estar de acuerdo: *ditado* es «el estado del qual toma nombre el señor dél» según Covarrubias. — Pág. 371, sobra la l. 21. — Pág. 380, l. 21, sobran los signos de interrogación. La l. 23, *Volveos*, etc. debe corresponder, más bien que a Pedro, a Matalascallando que duerme en el mismo aposento que Juan o cerca. — Pág. 388, l. 17: *quemarán* es *quemaran*. — Pág. 392, l. 17: *Quando están malos mucho, usan*, puntúese *quando están malos, mucho usan*. — Pág. 396, l. 30: «A tuerto o a derecho nuestra kasa hasta el techo... A los ke kieren más su interés ke la xustizia i lo xusto» (Correas). — Pág. 402, l. 27: *quisiesse* debe ser error por *quisiere*. — Pág. 405, l. 22: *traen fuentes adonde ven que hay falta de agua, neçesarias para andar del cuerpo; las han hecho muchos tan bistosas*, etc. Frase sin sentido por estar mal puntuada y porque G. S. no suele explicar muchos términos que lo requieren. Léase *traen fuentes adonde ven que hay falta de agua. Neçesarias (i. e., letrinas) para andar del cuerpo las han hecho*, etc. — Pág. 407, l. 10: *Lleban una colación muy grande casa*, léase *a casa*. L. 24, *rabaño* por *rebaño*, y l. 25, *desde* por *dende*. — Pág. 415, ls. 30-31, sobran los signos de interrogación. — Pág. 422, l. 27: *En quantos os he dicho no hay hombre*, no hace falta intercalar el *no* para que la frase sea negativa. — Pág. 424, l. 28: *poco* por *pocos*. — Pág. 428, l. 31: *de aseogar* léase *desaseogar*. — Pág. 430, 1.ª línea: *lo que esos dizen* debe ser *los que eso (os) dizen*. L. 26: *quitanto* por *quitando*. — Pág. 431, l. 35: *lo* por *los*. — En pág. 435 sobra toda la línea 8 y falta otra después de la 11: *JUAN*. — *¿Qué gente trae en campo ese?* — Pág. 422, l. 4: *por males* léase *por malos*. — Pág. 450, l. 13: *tras gotera* debe haber punto y coma. — Pág. 452, l. 8: *Desde a un año* léase *Dende* (Keniston 41.32). — Pág. 460, l. 27: «Kuando gían los ziegos, ¡guai de los ke van tras ellos!» trae Correas (ed. cit., 446). — Pág. 464, nota 8: decir H. Barbarroja no basta porque el nombre de ambos hermanos, en la transcripción habitual, empieza por la misma letra. El protector de Dragut es Haradin, el más joven (cuya barba no era roja). — Pág. 468, l. 5: *baxá* está por *baxí*. — Pág. 471, l. antepenúltima: *mesa*, léase *mesma*. — Pág. 476, l. 10: *mas no nos parescer*, léase *mas por no*. — Pág. 485: hu-

biera venido bien una reproducción de algún plano de Constantinopla. — Pág. 487, cambiados los exponentes de notas 5 y 6. — Pág. 488, *tomará* debe de ser *tomara*. — Pág. 501, l. 9: *sino peregrina de otros reyes*, léase *si no peregrina de otros reinos*. — En pág. 502 (ls. 19-20: *llebabado* por *llebado*) falta un renglón después de l. 21: *que todas las prisiones y remos de infieles. Puédese colegir que*.

No hemos pretendido, ni por pienso, hacer la fe de erratas de este libro. Para ello haría falta un cotejo con el ms. base, lo que no entraba en nuestros cálculos. Nos limitamos a señalar, junto con erratas que un lector descuidado podría atribuir al arcaísmo gráfico, algunos pasajes susceptibles de saneamiento, a fin de valorar la edición que comentamos y, de paso, brindar un elenco de correcciones a sus lectores.

La parte bibliográfica admite también alguna precisión menor (pág. 80, *La Méditerranée*, no *Le*, l. 19; pág. 81, l. 9: GÖLLNER, TURCICA, léase GÖLLNER, *Turcica*; página 82: MÜNSTER, *Cosmographiae*, no *Cosmographie*; el orden alfabético falla en FORSTER y en MEXIA), o mayor: G. S. no menciona la obra de Albert Mas, *Les Turcs dans la littérature espagnole du siècle d'or* (Paris, 1967, 2 vols.) que no sólo encuadra perfectamente el tema del VT sino que le dedica toda la 2.ª parte del primer libro (vol. I, 103-155), poniendo de relieve aspectos de mucho interés como por ej. el carácter de «proceso a España» del VT, o la inexactitud en la información del autor acerca de la religión musulmana. (El propio A. Mas ha proseguido su trabajo en los *Mélanges Salomon* y en los *Mél. Aubrun*, aparte su tesis complementaria que no conocemos.) Vale la pena recordar también a uno de los primeros que hablaron en España del VT, aunque no diga maravillas: el historiador Ramón Iglesia, cuya conferencia se publicó en *La Gaceta literaria*, n.º 63 (1-VIII-1929), pág. 2. De igual manera no estorbaba dar al lector la referencia a dos bibliografías de tratados en español sobre tema turco de los siglos XVI y XVII. Ambas se deben a José Simón Díaz y fueron publicadas en *El libro español*, II, números 13 y 16 (1959). Al tiempo que la edic. de G.ª Salinero se ha presentado en Brown Univ. la tesis doctoral de Marie-Sol Ortolá, *Folklore, forma y diálogo: Un estudio del «Viaje de Turquía»*, que no pudimos ver.

Hemos abusados posiblemente de la paciencia del lector con esta desmesurada reseña. Pueda servirnos de excusa que estamos ante un clásico de una categoría comparable, en valor intrínseco, al *Lazarillo* o al *Abencerraje*, y cuya única edición ahora legible *debería ser* la presente. Pero recopilemos un momento: al texto le faltan o le sobran renglones en varios sitios; una buena porción de pasajes no se entienden por estar mal puntuados; bastantes términos difíciles quedan sin explicar y no pocos mal interpretados o a medias; abundan las lecturas defectuosas y los gazapos de imprenta, apenas detectables en medio de la anarquía ortográfica del manuscrito reproducido; un texto así no se ha establecido y dilucidado precisamente con escurpulosidad y esmero, como le parece a Juan Goytisolo (*Crónicas sarracinas*, Sada, La Coruña, 1982, pág. 88), ni puede constituir la edición que merece el *Viaje de Turquía*.

ANTONIO CARREIRA

FLORES, JUAN DE: *Triunfo de Amor*, Edizione critica, introduzione e note di Antonio Gargano. Collana di testi e studi ispanici. Giardini editori e stampatori, Pisa, 1981, 202 págs.

La comprobación de la existencia de un manuscrito de esta obra en la Biblioteca Colombina de Sevilla hacía reales las referencias a una posible novela de Juan de Flores llamada *Triunfo de Amor*; quedaban, así pues, fuera de lugar todas las suposiciones de cuantos eruditos abogaban por la inexistencia de dicha obra. La adquisición en 1976 por la Biblioteca Nacional de Madrid de otro manuscrito de esta novela constituye el posterior y decisivo momento para sentar las bases de esta primera edición del texto de Juan de Flores: Antonio Gargano, con la ayuda de ambos manuscritos y teniendo como base a M (Ms. 22.019 de la Biblioteca Nacional de Madrid), es quien ha llevado a cabo esta labor.

Una introducción de 67 páginas presenta los aspectos más interesantes que deben considerarse para una lectura adecuada de la obra; la mayor parte de estas páginas se dedica al estudio del estilo y del mensaje implícito en el *Triunfo*:

Manuscritos y sus relaciones (págs. 13-19). Datación de la obra (págs. 20-24). Para una biografía de Juan de Flores (págs. 25-27). Sintaxis y estilo: la prosa del Triunfo (págs. 28-48). Estructura y función ideológica (págs. 49-64). El resto de las páginas se dedica al establecimiento de los criterios de edición.

Las noticias más importantes que se deducen de los tres primeros apartados son las siguientes: a) Desde la óptica de los manuscritos es necesario suponer la existencia de un antígrafo común, como lo demuestran las múltiples lecturas erróneas que unen a ambos; b) La fecha de la posible composición del *Triunfo de Amor* se deduce de las diversas referencias a personajes históricos que aparecen en la obra; no obstante, Gargano, a la vez que da su fecha probable de redacción, señala: «Non volendo dare eccessivo peso a un episodio che probabilmente non lo merita, più prudentemente, datarei l'opera tra il 1470 e il 1485» (pág. 24); c) Gargano no se inclina por ninguna identificación concreta del autor; sean o no acordes con su fechación de la obra, presenta todas las posibilidades existentes: Juan de Flores noble, clérigo sevillano o rector de la Universidad de Salamanca y cronista de los Reyes Católicos. Sin ningún género de dudas éste es el punto menos trabajado por Gargano, que aprovecha las investigaciones al respecto por parte de otros estudiosos.

Las páginas dedicadas al análisis estilístico de la obra inciden particularmente en un aspecto, el sintáctico, como Gargano destaca desde el comienzo en el propio epígrafe que encabeza el apartado. Las diferentes formas de hipotaxis, que intentan —como en otros casos de la prosa del siglo xv— imitar los modelos latinos, ocupan la mayor parte de las referencias; el estudio se centra así en las formas de las subordinadas, el *orden artificial*, el anacoluto, la colocación final del verbo, y otros aspectos. Las palabras del editor establecen la peculiaridad estilística de la obra en las siguientes líneas: «...con el *Triunfo* siamo già in quell'area rappresentata dal processo di moderazione dell'effecto retorico, che se è ancora ostinatamente ricercato, almeno non è così palesemente ostentato come, per esempio, nello *Arnalte y Lucenda*» (pág. 29). Aproximadamente la mitad del apartado se dedica a la posible relación con Italia, concretamente con Boccaccio, y con la retórica medieval; Gargano sólo se para en Juan de Flores tras pasar revista general al conjunto de la prosa del siglo xv, no sin dejar de hacer referencias a la de la primera mitad del xvi.

En el último apartado se estudia, como aspecto fundamental, el significado que una obra como el *Triunfo de Amor* tiene en una sociedad como la española de finales del siglo xv: «rassicurare certi ambienti della società, corrispondere alla loro attesa d'immunità di fronte a un mondo che è invece cambiato» (pág. 54). Plano de la realidad y de la ficción se unen a través de referencias como la del *mundo del revés*, que también aparecen en el cambio de papeles entre el hombre y la mujer que se da al final de la obra.

Quizá es en los *criterios gráficos* de edición del texto donde se halla el punto más discutible del trabajo de Gargano, que moderniza en muchas ocasiones, pero que, además, regulariza el texto apelando a dos criterios: norma de uso de una forma determinada en el *Triunfo* y derivación etimológica. Cualquier criterio de edición es aceptable siempre que opere dentro de una regularidad filológica, pero en el caso de textos medievales hay que tener presente un hecho que, por ejemplo, Margherita Morreale señala en su edición de *Los doce trabajos de Hércules* de Enrique de Villena: «...toda unificación ortográfica de un texto antiguo peca de anacronismo» (Edit. en Madrid, Real Academia Española, Biblioteca selecta de clásicos españoles, 1958, pág. LXXIV); y esto lo dice en el caso de un autor que ha ofrecido unas posibles reglas ortográficas de edición de sus textos en el *Arte de trovar*.

Fuera de su criterio gráfico, al editar la obra, Gargano utiliza a menudo la *emendatio* a causa de lecturas inaceptables en ambos manuscritos. Los cambios introducidos por el editor aparecen en los lugares justificados por las razones anteriores, y en ellos procede con gran inteligencia; no obstante, quizás en una ocasión ésta no debió efectuarse, concretamente en 77.3.59 en que M tiene *parecer los sacara*, S presenta laguna y Gargano enmienda *parecerles la cara*. En cambio, en 97.13.23 debió corregir la lectura *alcansas* y dar en su lugar *alcances*, en una serie enumerativa que presenta el resto de los elementos en subjuntivo.

Entre la *emendatio* y la conjetura paleográfica se encuentra la posible corrección de *conquistados*, presente en 147.41.17 y 18, que más lógicamente debería ser *conquistadores*. Desde un punto de vista paleográfico este caso puede ser paralelo al del término *caballeros*, que, en la escritura del siglo xv, aparece escrito casi siempre como *caballos*.

Los fallos de imprenta son de lamentar pues, seguramente, el original del trabajo de Gargano no los presenta. Hemos localizado los siguientes:

LOC.	DICE	DEBE DECIR
74.2.41	<i>vosstras</i>	<i>vosotras</i>
88.8.6	<i>meroria</i>	<i>memoria</i>
103.15.12	<i>crebantodor</i>	<i>crebantador</i>
115.21.54	<i>superion</i>	<i>supieron</i>

Este último error es más grave aún desde el momento en que se repite más adelante: 138.37.7. En ambos casos el manuscrito presenta claramente la lectura *supieron*

139.37.35	<i>volutad</i>	<i>voluntad</i> (En ms. está escrito «volütad»)
141.37.91	<i>ordenadamene</i>	<i>ordenadamente</i>

Puros fallos de imprenta son los dos siguientes:

75.3.10 y 11	<i>e-/llos</i>	<i>ellos</i>
162.53.31 y 32	<i>de de</i>	<i>de</i>

Una revisión minuciosa del texto de esta edición, realizada conjuntamente con M, debe de dar algunos fallos más; tan sólo hemos señalado los más evidentes. Queda claro que Gargano debió tener más cuidado en la corrección de pruebas.

El cambio más importante que podemos aplicar al texto del *Triunfo* en esta edición es el del pasaje siguiente (127.27.51 y 52):

«Mas porque siempre fue nuestra costumbre que la culpa de quien debatimos le diese la pena de su yerro, así agora en esto queremos *os dexar, por fiar* en vuestra malaconsejada demanda, hasta que ella os dé la pena de vuestra culpa».

Parece más aconsejable la lectura:

«...queremos *os dexar porfiar* en vuestra...».

Con todo, el trabajo de Gargano es de gran calidad. Las notas al texto, fundamentalmente de carácter lingüístico, son breves y atinadas; con ellas se cierra el estudio de la obra de Juan de Flores. Esperamos que en sucesivas ediciones o en algún artículo Gargano corrija los posibles defectos de esta primera edición del *Triunfo de Amor* que, desde estas líneas, acogemos con entusiasmo.

ÁNGEL GÓMEZ MORENO